

## INTRODUCCIÓN

Lo que en el pasado sucedió en Europa se repite hoy a escala mundial. Millones de campesinos chinos, indios o de otros lugares abandonan el campo y se dirigen a las ciudades: la sociedad industrial sustituye a la sociedad rural. Aparecen nuevas potencias, ayer eran Alemania y Japón, hoy son la India y China. Las rivalidades se recrudecen, sobre todo por el control de las materias primas. Las crisis financieras se repiten como en los peores tiempos de un capitalismo que se creía caduco. No es muy tranquilizador. Al contrario de lo que dicen los partidarios del «choque de civilizaciones», el peligro más importante del siglo XXI no es tanto la confrontación de las culturas o las religiones como una repetición, a nivel planetario, de la historia del propio Occidente.

Europa no ha salido indemne de la revolución industrial. Si hoy día, a pesar de la crisis actual, pensamos que es el continente de la paz y la prosperidad, es a costa de una amnesia colosal de su pasado reciente. Con la barbarie de la II Guerra Mundial, Europa ha puesto fin al corto espacio de tiempo durante el cual, a partir del siglo XVI, fue el epicentro de la historia humana. ¿Quién puede jurar que en la actualidad Asia se librará de ese destino trágico?

A veces nos tranquilizamos pensando que la prosperidad será un factor de paz, que los intercambios comerciales pacifi-

carán las relaciones internacionales. Sin embargo, la I Guerra Mundial estalló en un clima de prosperidad compartida. El triunfo de Alemania fue lo que preocupó a las demás potencias europeas y lo que le dio confianza en sí misma. Una visión retrospectiva hace pensar que paz rima con prosperidad. Pero desgraciadamente, nada permite estar seguro. Las conclusiones de numerosos estudios recientes establecen lo contrario.

Un análisis de Philippe Martin y sus coautores muestra que el comercio mundial no reduce en modo alguno los riesgos de guerras. Según este estudio, el comercio internacional de hecho facilita el que una nación combativa ataque a una potencia rival. En realidad, los intercambios internacionales contribuyen a diversificar sus fuentes de aprovisionamiento durante el conflicto... Ni la riqueza, ni siquiera la educación, vuelven mejor a un hombre que es malo. Como dice Christian Baudelot, más bien le ofrecen nuevas formas de seguir siéndolo. Un estudio muy documentado ha analizado el origen social de los autores de atentados terroristas (definidos como atentados que apuntan a poblaciones civiles con fines políticos). No son ni pobres ni analfabetos. La mayoría posee una titulación superior, varios de ellos son millonarios, como el célebre editor italiano Feltrinelli, muerto en 1972 cuando pretendía dinamitar unos postes eléctricos cerca de Milán.

Estas observaciones van a contracorriente de las intuiciones que fundamentan la mirada de Occidente sobre sí mismo, las de Condorcet o Montesquieu principalmente, para quienes la educación y el comercio suavizan las costumbres y ablandan los corazones. ¿Cómo es posible que Europa, que ha sido la sede de una civilización del «bienestar», haya podido acabar su recorrido en el suicidio colectivo de dos guerras mundiales? ¿Cuáles son los peligros que actualmente recaen sobre el mundo a la hora de occidentalizarse? Preguntas (inquietas) de las que depende el siglo que comienza.

*Unas leyes ocultas desde el origen del mundo*

Empecemos por el principio. La regla a la que han estado sometidas las sociedades durante mucho tiempo, antes de la era industrial, es sencilla y desesperante. Desde la noche de los tiempos al siglo XVIII, la renta media de los habitantes del planeta se ha quedado estancada. Cada vez que una sociedad empieza a prosperar porque, por ejemplo, descubre una nueva tecnología, se establece un mecanismo inmutable que anula su proyección. El crecimiento económico conlleva el crecimiento demográfico: la riqueza aumenta la natalidad y reduce la mortalidad, la de los niños y la de los adultos. Pero el aumento de la población hace disminuir paulatinamente la renta per cápita. Llega el momento fatal en el que la población tropieza con el hecho de que las tierras disponibles son insuficientes para alimentarse. Los hombres deben morir, de hambre o de enfermedad, hay demasiados. Indefectiblemente, las hambrunas y las epidemias llegan para truncar el desarrollo de las sociedades en vías de crecimiento.

Esta ley, llamada de Malthus, ha hecho correr ríos de tinta, pero al final ha resistido el examen de sus críticos. Gracias a los trabajos de los historiadores de la economía se puede estimar en dólares o en euros actuales la renta que ha predominado a lo largo de los siglos. El nivel de vida de un esclavo romano no es significativamente distinto al de un campesino del Languedoc del siglo XVII o de un obrero de la gran industria de principios del siglo XIX. Está próximo al de los pobres del mundo moderno: aproximadamente un dólar al día. La esperanza de vida da una indicación convergente. Por término medio se mantiene en los 35 años a lo largo de la historia humana, tanto en el caso de los cazadores-recolectores, tal como se observa en la actualidad en las sociedades aborígenes, como en el de los primeros obreros de la industria moderna en los albores del siglo XIX. El examen de los esqueletos muestra tam-

bién que las condiciones materiales (como las que se estiman por la estatura) apenas debían ser muy distintas en la época de los cazadores-recolectores y a principios del siglo XIX.

La ley de Malthus invalida las categorías habituales del bien y del mal. La vida en Tahití, por ejemplo, es paradisiaca, pero eso gracias a una dosis elevada de infanticidio. Más de dos terceras partes de los recién nacidos eran eliminados inmediatamente ahogándolos, estrangulándolos o rompiéndoles el cuello. En efecto, todo lo que contribuye a incrementar la mortalidad resulta ser bueno puesto que reduce la lucha por las tierras disponibles. Por el contrario, la higiene pública se vuelve contra las sociedades que la respetan. Si el europeo es en promedio más rico que el chino a principios del siglo XVIII, es porque es sucio. Para mayor beneficio suyo el europeo no se lava, en tanto que el chino o el japonés se baña siempre que puede. Los europeos de cualquier clase social no tenían nada que objetar ante el hecho de tener un retrete contiguo a sus viviendas a pesar de los problemas de olor. Los japoneses son en comparación modelos absolutos de limpieza. Las calles se lavan con regularidad, antes de entrar en casa se quitan los zapatos... Eso explica que sean más numerosos y más pobres. Es el reino de la prosperidad del vicio.

### *En los orígenes de la supremacía europea*

No obstante, la humanidad debe a Europa el haber descubierto la piedra filosofal: la posibilidad de un crecimiento continuo, no sólo de la población sino de la renta media de sus habitantes. Este descubrimiento no ha llegado de pronto. Es el fruto de una evolución lenta que se va perfilando entre los siglos XII y XVIII, la que el especialista en temas medievales Jacques Le Goff ha calificado como la «larga Edad Media». El crecimiento económico moderno se apoyará sobre una reno-

vación tecnológica constante y desbordará el crecimiento demográfico. A partir del siglo XIX, el crecimiento de la renta per cápita se convertirá en la marca de una sociedad próspera en los países industrializados. El crecimiento mejora (al fin) las condiciones de vida y alarga ésta en lugar de acortarla. El retroceso de la muerte es la gran novedad de la era moderna.

Se han escrito miles de páginas para comprender lo ocurrido y sigue siendo objeto de polémicas furibundas. ¿Por qué se descubrió en Europa la posibilidad de un crecimiento constante? Parecía que China tenía más probabilidades. Francis Bacon, el «Descartes inglés», considera que los tres descubrimientos fundamentales del mundo moderno son la brújula (para la navegación), la imprenta (para la circulación de las ideas) y la pólvora (para la guerra). Ahora bien, estos tres inventos son completamente chinos. Un siglo antes de que Cristóbal Colón armara sus tres carabelas, los barcos mucho más impresionantes del almirante Zhang He ya bordeaban las costas africanas y llevaban a la corte del emperador cebras y jirafas...

¿Por qué se truncó el dinamismo chino? Si bien intervinieron varios factores, uno de ellos fue decisivo. De buenas a primeras, el emperador decide que los viajes a ultramar son caros e inútiles. Para él, la búsqueda de la estabilidad interna es prioritaria y la exploración del mundo secundaria. El emperador manda quemar los barcos de la flota. China pierde entonces su predominio marítimo, el gusto por el comercio de altura, y se hunde en la inmovilidad.

Sacrificar el crecimiento en beneficio de la estabilidad interna: Europa ha recurrido a la otra vía, no tanto por elección sino movida por uno de los factores esenciales del dinamismo europeo: la rivalidad entre sus naciones. La pólvora sigue siendo un juguete en manos de los chinos y ya es un arma de guerra eficaz en Europa. Pasar de la pólvora al cañón exige una serie de inventos refinados que los progresos

de los rivales estimulan en cada país. En el ámbito de las ideas, la fragmentación política desempeña igualmente un papel decisivo. La Iglesia condena la curiosidad de Galileo, pero reaparece en la Inglaterra antipapista de Newton. El propio Cristóbal Colón deberá realizar varias giras por las capitales europeas antes de encontrar un socio comanditario.

En el corazón del dinamismo europeo se aloja también el veneno que causará su perdición. Un ciclo inmutable se instala. Cada vez que una potencia tiende a dominar a las demás, éstas ponen en práctica una coalición para acabar con ella. Sucesivamente han dominado Europa: España en el siglo XVI, Holanda en el XVII, Francia en el XVIII e Inglaterra en el XIX. El siglo XX tendría que haber sido el siglo alemán, lo cual ha sido en cierto modo. La I Guerra Mundial no es una «fatalidad» del sistema europeo: es la conclusión lógica.

Quien quiera comprender el mundo multipolar que se abre en el siglo XXI no tiene más que echar una mirada a la historia europea de la cual es hoy la heredera. En la actualidad, todos los países se han convertido en Estados-nación según el modelo inventado en Europa. En ellos, cada pueblo es «emperador» dentro de sus propias fronteras, y terriblemente celoso de ellas. La primera debilidad del mundo futuro se disputa ahí: las nuevas potencias emergentes tratan de liquidar sus viejas rencillas, de fronteras o de precedencia, armadas de una riqueza y de una fuerza militar totalmente inéditas, las que proporciona la industrialización.

### *La adicción al crecimiento*

La industrialización no sólo perturba el equilibrio de las potencias; transforma de un modo aún más radical el funcionamiento interno de las sociedades. En las famosas palabras de Joseph Schumpeter, el capitalismo es un proceso de

«destrucción creadora que desde el interior revoluciona sin cesar la estructura económica, destruyendo todo el tiempo sus elementos anticuados y creando en todo momento elementos nuevos». Por esta razón, las sociedades industriales son entidades frágiles que necesitan cuidados permanentes. Mezclan creación y destrucción, alternan prosperidad y depresión, y a punto estuvieron de hundirse bajo el ataque violento de una de ellas, la crisis de 1929, que de una manera brutal vuelve a la memoria de los pueblos con motivo de la crisis de las *subprimes*\*.

Si la prosperidad constituye el origen de la I Guerra Mundial, el desmembramiento de la sociedad alemana con motivo de la gran crisis de los años treinta es lo que explica la segunda. Es difícil defender que la crisis de 1929 haya sido, ella también, una «fatalidad». La crisis de las *subprimes* ha vuelto a poner en práctica los mismos mecanismos, las mismas concatenaciones. No obstante, las lecciones de los años treinta habían impregnado poderosamente los años de posguerra. Aparece un mundo más propenso a la cooperación. Las naciones occidentales, arruinadas después de 1945 y unidas por la guerra fría, habían dirimido sus conflictos. El Estado de bienestar había ablandado la lucha de clases y mejorado la economía «social de mercado». Pero la crisis de los años setenta, la caída del Muro de Berlín y la revolución financiera de los años ochenta han marcado el fin de esta secuencia. El consenso forjado en los años cincuenta y sesenta quedó postrado y posteriormente enterrado. Y menos de tres décadas después vuelve la crisis.

La cuestión que plantea la crisis de las *subprimes* va más allá de la regulación de los mercados. También plantea la cuestión de la regulación, por así decir, moral del capitalismo. La locura del dinero, que vuelve por sus fueros en los años

---

\* El término *subprimes* se refiere a las hipotecas basura. (*N. de la T.*)

ochenta, ha devuelto los honores a las palabras de Marx, cuando acusaba a la burguesía de ahogar a la sociedad en «las aguas heladas del cálculo egoísta». El afán consumista de las familias estadounidenses, causa de su enorme endeudamiento y factor principal de la crisis de las *subprimes*, plantea la cuestión de saber sobre qué valores y qué frustraciones se apoya el capitalismo.

El hombre maltusiano estaba siempre hambriento en el sentido estricto del término. Las guerras y las epidemias eran algo bueno, pues reducían la cantidad de bocas que alimentar. La victoria del mundo moderno sobre el hambre y la miseria, ¿simboliza la represalia de la virtud sobre el vicio? Por desgracia, así es. La competencia por las tierras disponibles deja paso a una rivalidad social que en cierto modo el crecimiento económico moderno ha democratizado. El hombre moderno sigue hambriento, pero de bienes cuya existencia desconocía unos años antes... Como decía Alfred Sauvy, es un andariego que nunca llega al horizonte. Sea cual sea la cuantía de placeres ya satisfechos siempre queda la página en blanco de los que desea saciar.

Tal como ha demostrado el economista Richard Easterlin basándose en numerosas investigaciones, las sociedades ricas no son más felices que las pobres. Lo que cuenta, en efecto, es ser mejores que los otros. Un humorista del siglo XIX citado hace poco por la revista inglesa *The Economist* decía: «Ser feliz consiste en ganar diez dólares más que tu cuñado». Un crecimiento rápido alivia las tensiones sociales, pues cada uno puede pensar que llega a la altura de los demás. Pero la enorme debilidad de este ideal es su sensibilidad a cualquier merma del crecimiento, sea cual sea el nivel de riqueza alcanzado. De ese modo Francia era incomparablemente más feliz durante los Treinta Gloriosos —los años de crecimiento desbocado de posguerra— que ahora, aun cuando es el doble de rica. La desilusión que sufren los países ricos cuando el

crecimiento disminuye golpeará también, necesariamente, a los actuales países emergentes cuando descubran por sí mismos lo que significa.

### *La hora de la globalización*

Algunos sostienen que la adicción enfermiza al crecimiento del *homo consumerus* explica que éste sea fuerte, lo que a fin de cuentas sería una buena cosa. De este modo, y desde un punto de vista distinto, neomaltusiano, se restablecerían las sendas desconocidas y contradictorias de la prosperidad del vicio. Tal vez. Pero las consecuencias de este apetito insaciable se presentan en términos totalmente inéditos cuando llega la hora de la globalización. Que mil millones de chinos consuman mil millones de bicicletas apenas traería consecuencias y, como diría Adam Smith, todo el mundo podría ganar con ello, los que las venden y los que las compran. Pero que consuman mil millones de coches cambia la cosa: el futuro del planeta se ve amenazado y se teme lo peor. Como ya sabemos, la concentración de CO<sub>2</sub> en la atmósfera de aquí al año 2050 podría doblar los niveles alcanzados en la era preindustrial. El crecimiento económico moderno, a su vez, no tropieza con la escasez de tierras cultivables como en la era maltusiana, sino con la fragilidad de todo el ecosistema.

No obstante, en el momento en que una civilización material voraz se propaga por el conjunto del planeta se pone asimismo en marcha otra ruptura. Occidente se lanza a una nueva mutación y arrastra al mundo hacia lo que puede llamarse «el ciber mundo». Este nuevo espacio virtual es el escenario de otra globalización, esta vez inmaterial, producida por las tecnologías de la información y la comunicación. Sus leyes están en las antípodas de las que rigen la globalización industrial. En este ámbito no hay que temer una aglomera-

ción planetaria. Es exactamente lo contrario. Cuanto más numerosos sean los humanos, más prospera el sector. La producción de ideas nuevas y obras ingeniosas es una actividad tan boyante que habrá más investigadores y artistas. Da igual la nacionalidad de quien encuentre la vacuna contra el sida: producirá un bien planetario para todos. En el ámbito de la producción artística, China cuenta ya con 60 millones de pianistas. Sus probabilidades de alumbrar a un nuevo Mozart están a la altura de esa cifra. Ese día, todos los melómanos saldrán ganando. En el terreno político, la idea de democracia también atraviesa las fronteras, más por el hecho de la circulación de las ideas que por la de las mercancías.

La globalización inmaterial no ha hecho más que empezar. Lejos de ser sosegado, el nuevo espacio de la comunicación mundial está tan lleno de amor y odio como el antiguo. En Internet prosperan tanto los lazos entre los amantes de la música como las redes pedófilas o terroristas. El «cuarto de hora de fama» para todos que prometió Andy Warhol se convierte en el nuevo horizonte, siempre tan lejano, que esperan los jóvenes que frecuentan las redes de Facebook, así como los que se sienten atraídos por Al Qaeda.

Sin embargo, la gran esperanza del siglo XXI es que en el seno de este ciber mundo se cree una conciencia nueva de la solidaridad, de modo que en lo sucesivo sirva para unir a los humanos entre ellos. En un momento de peligro ecológico, la humanidad no puede seguir padeciendo unas leyes, las de Malthus o Easterlin, que no comprende o que comprende demasiado tarde. Captar la manera en que la economía da forma a la historia humana y entender cómo ésta transforma a su vez las leyes de la economía que tienen fama de inflexibles es el objetivo del viaje, al pasado y al futuro, que este libro propone emprender a hombros de algunos gigantes del pensamiento económico: Adam Smith, Karl Marx, John Maynard Keynes, Joseph Schumpeter y Albert Hüsschman.